

Psicología y lectura

Ovide Menin*

Es bastante conocida entre los psicólogos la experiencia terapéutica realizada por Freud con un niño de cinco años, mediante los buenos oficios del padre. Me estoy refiriendo, concretamente, al caso del pequeño Hans¹ quien padecía de una fobia, donde “la unión de la autoridad paterna y la autoridad médica en una sola persona y la coincidencia del interés familiar con el interés científico hicieron posible dar al médico analítico un empleo para el cual hubiera sido inadecuado en otras circunstancias”.

Podría decir que nace, en ese momento, el psicoanálisis de niños. La magia de la palabra oral, como vehículo del pensamiento adulto, interpretando los conflictos infantiles, cobra un sentido particular para la acción terapéutica. Posteriormente, palabra y juego se transformaron en un procedimiento más efectivo tanto para el diagnóstico cuanto para el tratamiento, procedimiento que adquiere formas y niveles de penetración diversos mediante los cuales el niño logra **proyectar** sus contenidos conscientes e inconscientes con bastante facilidad. No es intención mía hacer un recuento de los logros del psicoanálisis de niños desde sus inicios hasta nuestros días; hay estudios acuciosos realizados al respecto². Quiero, más bien, rescatar aspectos valiosos tales como el de la palabra – oral y escrita– cuya incidencia en la salud del niño es de singular importancia. ¿Qué otra cosa ocurre, en la intención implícita del autor de literatura para niños cuando, en el solaz y la alegría que pretende brindar, previene, de alguna manera, eventuales trastornos efectivos? No importa el motivo por el cual escribe, importa el efecto –uno de los posibles efectos– que produce. Porque, sin lugar a dudas, la gracia del cuento infantil está en contarlo. Mejor aún, la sustancia viva de los cuentos para niños de una cierta edad, estriba en saber decírselos, así sea leyendo. Y aquí me detengo: en los efectos terapéuticos que es capaz de producir la lectura de un cuento. Lectura, en este caso, sistematizada en un cierto número de veces, dicha con gracia, sin enfatizar demasiado los pasajes del texto, en tono quedo, con gestos significativos y onomatopeyas adecuadas de modo que atraiga la atención y la confianza del pequeño. La experiencia a la que quiero referirme se origina a partir de una consulta realizada por una madre joven, Beatriz, con respecto a su hija, Verónica, de cuatro años, quien evidenciaba un comportamiento fóbico ante los gatos.

Beatriz me cuenta que su hija, nerviosa, con berrinches periódicos, dice reiteradamente: “tengo miedo”. La pregunta inevitable: “— ¿De qué tenés miedo? (¿de quién tenés miedo?)”, al principio no tiene respuesta verbal. Solo un largo silencio.

* **Ovide Menin:** Argentino. Psiquiatra. En la actualidad se desempeña como profesor titular en la Universidad de Costa Rica. Autor de numerosos trabajos sobre su especialidad.

¹ Freud, Sigmund (1973).

² Freud, Ana (1976).

Después vienen los sueños; uno de los sueños, el más reiterado, es con **Mamuga** (Verónica le ha puesto ese nombre al gato que la persigue, no solo en sueños sino también en sus ensueños). Es un gato cuyo nombre adquiere, como es obvio, una doble connotación simbólica manifiesta y latente. Según vemos con Beatriz la palabra "mamuga" puede ser la condensación de mamá (mamucha) y gato. Es lo manifiesto del símbolo; una madre persecutoria; un gato (madre) que le clava las uñas de sus reprimendas (por la falta de limpieza, por el desorden, por su insaciable apetito, etc). Es mamá gato (gata). Arrulla, mima y araña. La connotación latente es de tipo sexual (no necesariamente erótico), en el sentido de que esta madre no es una gata; es un gato (poseedor, persecutorio, autoritario, grueso, etc.); en las pautas culturales imperantes en nuestra sociedad, un "macho", el "patrón". En términos freudianos, la imagen de una madre fálica.

Visto esto, brevemente, buscamos el procedimiento a seguir. Para ello tenemos en cuenta dos cosas: la inveterada costumbre de muchos adultos de querer "curar" a los niños de sus miedos, temores, reticencias (en muchos casos verdaderas fobias infantiles) por los animales –aun los animales domésticos– obligándolos a acercárseles, tocarlos, acariciarlos y llamarlos por su nombre; costumbre que como terapia ha sido un fracaso. Y el gusto –apetencia insaciable– de Verónica, por los cuentos narrados por su madre.

Con respecto al primer dato optamos por no cometer la torpeza de adoptar el procedimiento. Nada de decirle: "Mirá Verónica, qué lindo, qué bueno es el gato. Vení tocalo". Sería contraindicado y peligroso por sus efectos. Con respecto al segundo, me comprometí a escribir un cuento –el que transcribo a continuación– para que la madre lo contara tantas veces como le fuera factible; sin hesitaciones; sin estridencias; empezando al primer pedido de su hija; sin preocuparse por la reacción inmediata, probablemente de resistencia. En caso de terror o fuerte angustia, parar y pasar insensiblemente a otra cosa (modificando el cuento, re-inventando, o bien callando). Así se hizo; (la madre, estudiante avanzada de abogacía con título de maestra; persona sensible, pero un tanto inestable, a veces irritada, fue una colaboradora eficaz en la aplicación de este procedimiento). El cuento que Beatriz contó muchas veces a su hija Verónica, dice así:

"Mamuga es un gato relumbroso, negro. Tiene dos bigotes largos y finos, terminados en punta de acero. Mamá dice que Mamuga hace silencio. Es que el muy pícaro se pasea por la casa sin hacer ruido, caminando despacio, distraído y coqueto, la cola en alto; parece un plumero.

Ayer, sin ir más lejos, saltó al sillón de la abuela y comenzó a moverla con toda su fuerza. Nadie se dio cuenta de eso, hasta que mi tía Veneranda, gritona como es, comenzó a decirle improperios. Mamuga desparramó el ovillo, las gafas y el tejido por el suelo; saltó de la ventana azul al cantero de las rosas en flor, quiso treparse ligero pero...

— ¡Miauu...!

... se pinchó la cola con las espinas puntiagudas y negras de un limonero.

— ¡Qué dolor!

Tía Veneranda, que es un poco perversa, se moría de contenta.

La risa se le caía por todas partes hasta que Mamuga, silencioso como siempre, le puso la cola en la garganta y se le montó en la melena recién peinada.

Mamuga y Veneranda no se quieren por lo menos eso dice la abuela que tiene mucha paciencia y camina apoyada en el bastón que le regaló papá el día de la primavera.

— ¡Qué gato más salvaje, subirse a la cabeza!

Mamuga no araña, ni grita, ni pega; sus travesuras son travesuras de gato. Mira, se pasea, vuelca el plato de la leche, sale por la puerta y vuelve por la ventana si está abierta.

— Miau, miau, miau.

Tres veces miau es su grito predilecto.

Si tiene hambre: MIAU

Si tiene miedo: MIAU

Si tiene sueño: MIAU

Yo no sé por qué no aprende alguna frase nueva. Sería más lindo que dijera, con voz de mascarita:

— ¡Veneranda! Monona, gritona, malula perversa... ¡MIAU!

Pero no; se queda mirando y pensando con ojos de miau. No importa. Yo lo comprendo. Le hablo y me escucha. Los domingos cuando le ato un moño rojo, de seda para llevarlo a la vereda, estira su patita, saca las uñas, me mira muy suave y me dice en su lengua de siempre:

— Verónica, dejame en paz; ¿no te das cuenta que soy un gato bueno?

Su lectura en voz alta, de acuerdo con las indicaciones dadas, dio resultado. A los dos meses, la niña había superado su fobia. Digo que a los dos meses porque, después de habérselo leído numerosas veces, Beatriz descubre un día que Verónica no teme a los gatos. ¿Qué había pasado?

La madre me proporciona estos datos: al principio (al iniciar la primera lectura del cuento), Verónica se mostraba reticente, casi asombrada. Su angustia era evidente (se abrazaba a la madre, pero

escuchaba con cierta reticencia). A medida que la madre avanzaba, ella bajaba la guardia (iba rompiendo la resistencia atraída por la trama, los gestos, las modulaciones y las onomatopeyas). Sin embargo, al terminar la lectura pedía "otro" (otro cuento, no el mismo). La madre accedía. Días después, entre un primer cuento muy breve y otros cuentos conocidos, la madre introdujo el cuento del gato Mamuga. La aceptación de la niña fue mayor. Después de la tercera o cuarta lectura, Verónica siguió pidiendo, de "motu proprio" que le leyeran el cuento de Mamuga. Se reía y hacía comentarios. Una tarde, accidentalmente, mientras la niña jugaba en el patio, sentada en el suelo, Beatriz observó que el gato del vecino pasaba al lado de la pequeña sin que ésta evidenciara la menor angustia ni sobresalto. Por el contrario, cuando la madre le dijo: —¿Viste que gordo está Mamuga? Verónica, sin interrumpir el juego, contestó con una sonrisa. Ya por entonces, el mecanismo introyectivo había obrado su efecto: incorporar un gato bueno, silencioso y apacible.

Quisiera cerrar este pequeño ensayo, reafirmando la importancia de la lectura expresiva en situaciones diversas, no solo como medio de instrucción, solaz o cultura, sino también en una función específica – digamos que intencional– como la que acabo de narrar. La lectura oral, por lo demás, ha venido operando desde siempre como un recurso de diverso género. La novelística, la dramaturgia y otras formas de la escritura, han dicho lo suyo –tal vez con más propiedad que la psicología y la pedagogía– sobre este particular. En todo caso, algunos psicólogos estamos retomando el recurso de la lectura expresiva, oral, como elemento terapéutico de incalculable alcance.

Referencias bibliográficas

- Freud, Sigmund: "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", en **Obras completas**, tomo II, Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, Ana: **Pasado y presente del psicoanálisis**. Siglo XXI Editores, 1976.